

**DISCURSO DE BIENVENIDA A SANTA TERESA DE JESÚS COMO  
DOCTORA HONORIS CAUSA DE LA UNIVERSIDAD CATÓLICA DE ÁVILA**

***GRATULATORIA***

*M<sup>a</sup> del Rosario Sáez Yuguero*

*Rectora de la Universidad Católica de Ávila*

Excelentísimo Señor Obispo y Gran Canciller;

Eminentísimos y Reverendísimos Sres. Cardenales y Excelentísimo Obispos;

Rectores Magníficos;

Excelentísimas y dignísimas autoridades;

Profesores y personal no docente;

Sres. Congresistas;

Queridos amigos:

La Universidad Católica de Ávila siente hoy el honor y la satisfacción de acoger como doctora honoris causa a nuestra abulense más universal, a la primera mujer doctora de la Iglesia y a una gran santa de la Iglesia: Santa Teresa de Jesús.

Pero no sólo nuestro humilde claustro de profesores se felicita por la nueva doctora, nos acompañan, doctores de varios países, rectores, vicerrectores y profesores de diversas universidades españolas y extranjeras, cardenales, obispos y numerosas autoridades. A todos muchísimas gracias por estar hoy realzando este hermoso acto en honor de santa Teresa, dentro del V centenario de su nacimiento.

También nos acompaña hoy un nutrido grupo de abulenses y amigos venidos de otros lugares para festejar a santa Teresa en este memorable día.

Si el doctorado honoris causa es el más alto grado de reconocimiento de una Universidad a los méritos de un profesor doctor, en el caso que nos ocupa es la nueva doctora la que nos otorga sus méritos y contribuye a enaltecer y honrar a nuestra

Universidad Católica de Ávila, a “su Universidad”, porque nuestra Universidad es de santa Teresa de Jesús.

Fue un 24 de agosto de 1996, el mismo día que “la Santa” comenzó la reforma del Carmelo descalzo con la fundación del convento de San José, cuando el entonces obispo de Ávila, D. Antonio Cañizares, promulgó el decreto de erección de nuestra Universidad. Gracias Sr. cardenal por apostar por la Universidad Católica de Ávila, por haber fundado nuestra Universidad y gracias por ser el padrino de nuestra nueva doctora; gracias por ese precioso elogio que acaba de hacer a la Santa.

Gracias a la Orden del Carmelo, representada en este acto por el prepósito general de la orden, P. Saverio Cannistrà, que gustoso ha aceptado acompañarnos en nombre de la Santa y dedicarnos esas bellas palabras, impregnadas de aromas y esencias teresianas.

Gracias por acoger los símbolos del doctorado, birrete, medalla y diploma y quedarán en los Conventos carmelitanos de la Encarnación y San José.

Santa Teresa vive hoy en sus hijas e hijos. Muchos de nosotros hemos conocido a Teresa por sus escritos, pero sobre todo por tantos hijos e hijas dispersos por todo el mundo y ofrecidos en esos palomarcicos, como gustaba llamar Santa Teresa a sus conventos.

El P. Cannistrà nos lo recordaba, aludiendo a las palabras de Fray Luis de León en el prólogo de la edición Príncipe de las obras de la Santa (Madrid, 1587): «Yo no conocí ni vi a la madre Teresa de Jesús mientras estuvo en la tierra; más ahora que vive en el cielo la conozco y veo, casi siempre en dos imágenes vivas que nos dejó de sí, que son sus hijas y sus libros...». Cinco siglos más tarde, sin perder un ápice de su vigencia, muy bien podemos hacer nuestras, las palabras del insigne agustino.

Es una suerte inmerecida que, como rectora, me haya correspondido pronunciar la gratulatoria, es decir, las palabras con las que la Universidad y su claustro de doctores se felicitan por el ingreso de un nuevo doctor.

Desde hoy contamos en nuestro claustro con la primera mujer doctora de la iglesia, modelo de magisterio, de santidad, de humanidad, con la más universal de todas las abulenses (sin olvidarnos de otra gran mujer abulense, la Reina Isabel la Católica).

Tener a santa Teresa en nuestro claustro la compromete con la Universidad y con cada uno de nosotros a ser adalid y protectora de nuestros proyectos. Pero, a su vez, nos compromete a cada uno a conocerla en sus obras y ser discípulos de tan gran maestra.

Resaltar el elenco de méritos espirituales y virtudes que adornan a Santa Teresa, sería pretencioso por mi parte, máxime cuando el padrino, el cardenal Cañizares, y el P. Saverio han logrado condensar en la *laudatio* y la *lectio*, de forma admirable, todos los atributos de sabiduría que adornan a nuestra doctora.

Dos mil quince (2015) es un año de celebraciones. Además del V centenario del nacimiento de santa Teresa, las universidades católicas celebramos el 25º aniversario de la Constitución Apostólica *Ex corde Ecclesiae*, carta magna sobre las universidades católicas que nos regaló San Juan Pablo II.

En esa carta se nos dice que la misión principal de la Universidad es la búsqueda de la verdad, descubrirla y comunicarla en todos los campos del conocimiento.

Es un honor y una responsabilidad de la universidad católica consagrarse sin reservas a la causa de la verdad. Nuestra tiempo, tiene necesidad urgente de esta forma de servicio desinteresado que es el de proclamar el sentido de la verdad, valor fundamental sin el cual desaparecen la libertad, la justicia y la dignidad del hombre.

Sin descuidar la formación de los alumnos en las diversas ciencias y saberes, procurando la adquisición de conocimientos útiles, la Universidad católica se distingue por su libre búsqueda de toda la verdad acerca de la naturaleza, del hombre y de Dios.

Pues bien, en Santa Teresa tenemos el modelo perfecto de buscadora de la verdad por excelencia, toda su vida se caracterizó por la necesidad de “andar en verdad”.

En su vida y en sus escritos hace numerosas referencias al tema de la verdad. A ella le interesa la verdad de su vida, la verdad de cuanto le pasa. Tiene necesidad de entender y entenderse, y lo manifiesta en un inagotable afán por discernir la verdad y la autenticidad de sus gracias místicas, de ahí que acuda a los letrados para que le garanticen la verdad de sus experiencias espirituales. Consulta a expertos, no quiere vivir en el engaño.

Llaneza y claridad son dos componentes de la verdad teresiana: «soy amiga de llaneza», nos dice en una carta (Cta. 412,8).

Uno de los primeros recuerdos de la Santa es el hallazgo de «la verdad de cuando niña». Y a las lectoras del camino de perfección les dirá: «Ande la verdad en vuestros corazones». «Quienes de veras aman a Dios... No aman sino verdades» (CP 20,4. CP 40,3).

No soportó lo que ella llamaba la farsa de la vida (*Vida* 21,6). Tiene la convicción de que la sociedad no se rige por un código de verdad: «está la vida toda llena de engaños y dobleces. No hay ya quien viva, viendo el gran engaño en qué andamos» (*Vida* 21,1).

Está convencida del ingente trueque de valores que rigen la vida social: honra, dineros, placeres. Lo que el mundo llama honra ve que es grandísima mentira y que todos andamos en ella (*Vida* 20,26). «Cuándo pensáis que tenéis una voluntad ganada según lo que os muestra, venís a entender que es todo mentira».

Distingue en la conducta humana dos posturas radicalmente opuestas: andar en verdad y andar en mentira. Imposible conocer la verdad de uno mismo sino a luz de Dios. «Bien veo yo, mi Señor, lo poco que puedo; mas llegada a Vos, subida en esta atalaya adonde se ven verdades, no os apartando de mí, todo lo podré» (*Vida* 21,5).

Santa Teresa buscó la verdad, la contempló desde la atalaya de la oración, pero no se quedó en la mera contemplación, llena de un gran realismo castellano, no separó pensamiento y acción. Es un modelo de contemplativa en la acción.

Participó junto a los hombres de su tiempo, de las vicisitudes religiosas y humanas de la vida. Padebió enfermedades, trabajos y contradicciones que soportó impávida, con una grande y determinada determinación de trabajar por la salvación de los hombres y por la Iglesia. No olvidemos que también encontró tiempo y fuerzas, entre sus preocupaciones y continuos trabajos, para escribir excelentes obras, miles de páginas que podrían ocupar toda la vida académica de una persona.

Edith Stein, doctora en Filosofía a los 25 años por la Universidad de Friburgo, alemana de origen judío, incansable buscadora de la verdad, nos narra en su autobiografía: «Empecé a leer y fui cautivada inmediatamente, sin poder dejar de leer

hasta el final. Cuando cerré el libro, me dije: ¡ésta es la verdad!». Era el *Libro de la Vida* de santa Teresa de Jesús.

Termino con unas palabras de otro profesor universitario, de Benedicto XVI, a los profesores en El Escorial en el año 2011:

Cunde en la actualidad una visión utilitarista de la educación, también la universitaria, [...]. Sabemos que cuando la sola utilidad y el pragmatismo inmediato se erigen como criterio principal, las pérdidas pueden ser dramáticas: desde los abusos de una ciencia sin límites, hasta el totalitarismo político. En cambio, la genuina idea de Universidad es precisamente lo que nos preserva de esa visión reduccionista y sesgada de lo humano.

En efecto, la Universidad ha sido, y está llamada a ser siempre, la casa donde se busca la verdad propia de la persona humana.

Sois vosotros quienes tenéis el honor y la responsabilidad de transmitir ese ideal universitario.

Los jóvenes necesitan auténticos maestros; personas abiertas a la verdad total en las diferentes ramas del saber, sabiendo escuchar y viviendo en su propio interior ese diálogo interdisciplinar; personas convencidas, sobre todo, de la capacidad humana de avanzar en el camino hacia la verdad. La juventud es tiempo privilegiado para la búsqueda y el encuentro con la verdad.

Os animo a no perder nunca la ilusión por la verdad; a no olvidar que la enseñanza no es una escueta comunicación de contenidos, sino una formación de jóvenes a quienes habéis de comprender y querer, en quienes debéis suscitar esa sed de verdad que poseen en lo profundo y ese afán de superación.

Buscar la verdad y querer obrarla es la propuesta que nos hace nuestra nueva doctora, santa Teresa, y lo que nos pide la *Ex corde Ecclesiae* a las universidades católicas.

Reitero mi agradecimiento a cuantos habéis querido acompañarnos y honrar a nuestra doctora, especialmente a la Orden del Carmelo, representada en su General y a todas esas carmelitas que hoy nos acompañan con su oración desde la clausura.

Gracias.